

LOS GRANDES FILMS
mudos
sonoros



tarakanowa

Edith Jehanne

Olaf Fjord

20

50
G.S.

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

Tarakanowa

Intrigante asunto interpretado por
Edith Jehanne, Olaf Fjord,
entre otros notables artistas



Exclusiva de
Renacimiento Films
Madrid: San Marcos, 2
Barcelona: Aragón, 210

Prohibida la
reproducción

Tipografía Barcelona | Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Tarakanowa

Argumento de la película

Apenas fallecido Pedro el Grande, zar de todas las Rusias, sus numerosos descendientes apelaron a todos los medios para elevarse al trono. Por fin, en 1762, Catalina II se apoderó del poder e inmediatamente los agitadores intentaron derrocarla y substituirla con Iván IV, destronado veintitrés años antes.

Pero el destino manda... Una noche del año 1764, Iván IV fué asesinado en la fortaleza de Schusselburg y enterrado secretamente.

Tampoco con su muerte desapareció el peligro que constantemente amenazaba al trono, y por consiguiente, a la emperatriz... La princesita Dosita, hija de la antigua emperatriz Isabel Petrowna, crecía al abrigo de todo ataque en un monasterio de Moscou, dispuesta a consagrarse su vida a la religión.

Espíritu dulce y recatado, le asustaba la idea de la gobernación de un país y nada encontraba más interesante que los grandes y silenciosos muros de su convento. Su hermosa juventud se había dado por entero a Dios en un ansia de renunciaciones solemnes.

No era ya más que una sierva del Señor y hasta en el propio convento, todos ignoraban, con excepción de la madre superiora, el rango ilustre de aquella mística doncella.

El conde Chouvalof, cortesano desgraciado, confidente de la antigua emperatriz Isabel Petrowna y uno de los más implacables enemigos de Catalina II, conocía el paradero de Dosita y pretendía elevarla al trono, seguro de que gran parte del pueblo ruso se levantaría en armas en defensa de la humilde mujercita que vendría a substituir a la tirana emperatriz reinante.

Cierto día, el conde Chouvalof se dirigió al monasterio y solicitó de la superiora autorización para poder celebrar una conferencia reservada con la hermana Dosita.

Concedido el permiso, Chouvalof vió entrar a Dosita en el salón y cayó arrodillado a sus pies, rindiendo tributo de veneración y acatamiento a la que era su soberana.

—Princesa Dosita—le dijo—, mi emperatriz, he venido a buscarte.

La monja, para quien todas las cosas del mundo eran como músicas vagas y lejanas, le miró sorprendida y contestó:

—No os comprendo...

—¡Señora! ¡La hora ha sonado! ¡Todo está a punto! Hija de la emperatriz Isabel Petrowna, al fin vas a po-

der ascender al trono de tus mayores. Yo soy el conde Chouvalof, servidor fiel de tu madre.

La monjita sonrió tristemente. Sus grandes ojos encuadrados en la toca, se iluminaron.

—¡No, no!—dijo—. Yo no puedo escucharlos... He renunciado a todos los bienes de la tierra.

—No tienes derecho a ello.

—Voy a profesar...

—Recuerda las palabras de tu madre en su lecho de muerte. El convento sólo debía ser para ti retiro temporal en lugar seguro...

—Mi decisión es irrevocable... Nada ni nadie me hará cambiar de opinión. Adoro la paz del convento y a nada aspiro.

El conde con palabras ardientes y evocadoras quiso poner ante los ojos de la humilde monjita, la visión de las futuras grandes.

—Pero, ¿olvidas los honores? ¿Desprecias el poder?... Gloria inmensa te espera... ¡La corona imperial!... Piensa en tu madre... la emperatriz Isabel... Debes ser la continuadora de una estirpe gloriosa que ha de substituir a la que indignamente detenta ahora el trono.

Todo inútil. La monja se mantuvo en su negativa. La evocación de la vida de la corte, le producía un espanto aterrador... Nunca abandonaría la dulzura conventual, aquella honda paz de que gozan, olvidadas del mundo, las palomas místicas de Jesús.

El conde aún insistió con una desesperación melancólica.

—¿Qué van a pensar tus partidarios?... Piensa en tu deber...

—Mi deber es permanecer aquí... Calmaos, conde Chouvalof, y no me consideréis desagradecida por ello... Vos

queréis mi felicidad, y mi felicidad es vivir olvidada de todo el mundo...

Luego arrancóse del pecho un medallón de brillantes que estaba rematado por una corona imperial.

—Esta imagen de mi madre me es muy querida—dijo—. Es todo lo que me queda de este mundo... ¡Tenedla!

—Gracias, Dosita... Me voy con el alma transida de pena, pero no quiero coaccionar más vuestra voluntad.

Guardóse el precioso medallón, y después de besar gentilmente la mano de la que renunciaba a los honores del trono, abandonó el convento.

—¡Ah!, ¿cómo luchar ahora contra aquella gran déspota que era la emperatriz Catalina II? ¿A quién presentar frente a ella con todos los gloriosos atributos de la sangre real?

Dosita, contenta de haber tenido bastante fuerza de voluntad para vencer las tentaciones de la gloria, arrodillóse ante una imagen de Dios, y de nuevo renovó su fe, sus votos de servirle perpetuamente en un pleno olvido mundanal.

* * *

En el Palacio de Invierno de San Petersburgo, la emperatriz Catalina se hallaba rodeada de todos sus cortesanos que le rendían sin cesar adulación.

El conde Alejo Orloff, apuesto oficial, era el favorito de la emperatriz, mujer cuya vida privada nada tenía de correcta.

Una tarde, comentaban los cortesanos con su soberana, la actual situación del imperio.

Se pasó revista a los intentos que los partidarios de otra dinastía pretendían realizar, intentos que según la opinión general estaban condenados al fracaso.



—Señora. ¡La hora ha sonado!



...era el favorito de la emperatriz...

¿A quién iban a proclamar como emperador aquellas gentes a quienes la muerte de Iván y de Isabel Petrowna habían sumido en la más completa desorientación?

Ignoraban Catalina y los suyos la existencia de aquella humilde monja, Dosita, por cuyas venas corría la más pura y legítima sangre real.

Después se trató de la guerra con los turcos, vecinos poco agradables a los que era preciso infligir un severo castigo si quería disfrutarse en lo sucesivo de paz.

Orloff, el favorito, avanzó hacia la emperatriz y dijo:

—Majestad, permitidme ir a mandar vuestros ejércitos contra los turcos. Os juro que muy pronto podréis anunciar a vuestros pueblos victorias que impondrán silencio a los agitadores.

—Concedido, mi fiel Orloff... aunque mucho siento que os hayáis de separar de mi corte.

Al día siguiente, Orloff salió para el frente de combate, con un numeroso ejército dispuesto a derrotar de una vez, de manera implacable y decisiva, a las huestes otomanas.

La emperatriz le había recibido la noche anterior en sus propias habitaciones, dándole, como tierna despedida, el regalo de sus besos de mujer madura y caprichosa.

Entre la corte se comentaba la intimidad que existía entre Catalina y su cortesano. ¡Ah, la insaciable soberana! Eran muchos los palaciegos que soñaban en substituir ahora durante su ausencia al conde Orloff... Más que los besos de la soberana, lo que ellos estimaban era su influencia en la corte.

Días después, el conde Alejo Orloff, para celebrar su llegada a la frontera ruso-turca, ofrecía en el lujoso interior de su tienda de campaña, un espléndido banquete a sus oficiales.



— mucho siento que os hayáis de separar de mi corte.

La cena se celebró con toda la pompa derrochadora de las costumbres moscovitas. Concurrieron también bellas mujeres que con sus sonrisas y su gentil desenfado, hicieron más agradable las horas de la velada.

Orloff se vió asaetado por todas aquellas mujercitas guapas que hubieran tenido en gran honor ser las preferidas del jefe supremo del ejército combatiente.

La velada se prolongó hasta la madrugada... Había qué beber, qué reír, qué cantar, qué amar, qué aspirar el perfume de todos los minutos, de todos los segundos... Pronto iba a darse el gran combate contra los turcos y éstos no tiraban con balas de algodón. Acaso muchos de los oficiales encontrarían una muerte cruel y dolorosa.

No lejos de allí, una familia de cíngaros había establecido su campamento.

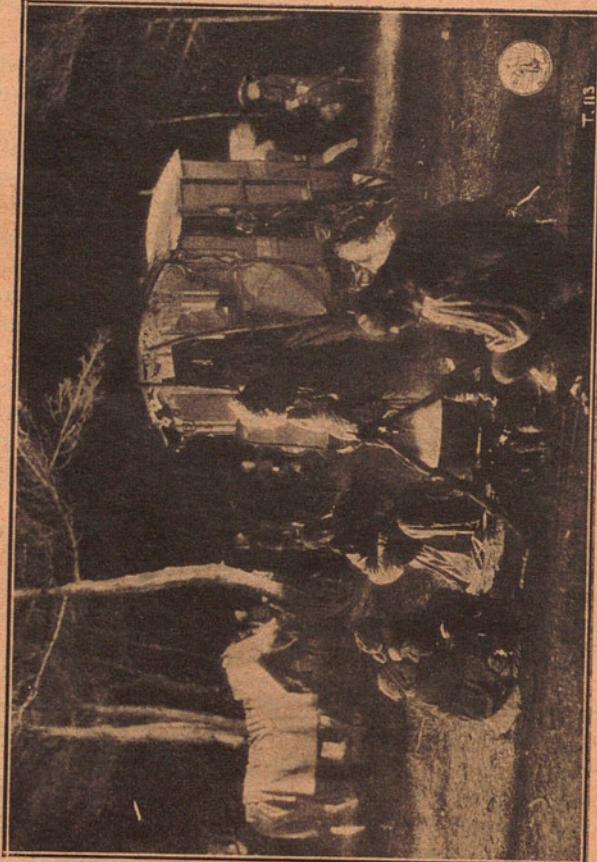
Estaba constituida por media docena de personas. El jefe de la tribu y su mujer, otro matrimonio, un muchacho algo contrahecho llamado Balow, y una chica preciosa, a quien todos conocían por el nombre de princesa Tarakanowa.

Los cíngaros habían recogido a esta muchachita de muy pequeña, en uno de sus viajes. Tarakanowa, que era hija de unos campesinos, había quedado sin amparo de nadie, y al quedar ella huérfana la recogieron, considerándola como a una hija propia.

La muchacha fué creciendo hasta convertirse en la espléndida doncella que era a la sazón, una criatura guapa, sugestiva, que cantaba, además, con una irresistible voz de oro y bailaba admirablemente.

Balow estaba enamorado de Tarakanowa. Aquella noche se acercó a su carro, la llamó y le mostró un brazalete que le acababa de comprar.

Tarakanowa, que era una mujer plena de ambición, a



...había establecido su campamento.

T.113

quién fácilmente aturdían las galas y las joyas, sonrió con dulce placer ante la contemplación del regalo.

—¡Qué bonito!—dijo intentando ceñírselo a la muñeca.

—Todavía no te lo doy... Antes... debes ser buena conmigo. Ya sabes, favor con favor se paga.

—¿Quéquieres de mí?

—Un beso.

—Eso sí que no.

—Pues te quedas sin brazalete.

—No seas malo, Balow... Dame la joya.

El jorobado sonrió y al parecer, sin exigir nada en pago, le entregó la joya. Pero luego pareció haberse arrepentido de su generosidad y abarcando entre sus brazos a la bella mujer, pretendió besarla.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Tarakanowa.

Acudió a sus gritos el jefe de la tribu, quien indignado apartó de allí a Balow.

—Bien sabes qué nadie en el mundo debe faltar en lo más mínimo a nuestra princesita—le dijo.

Balow, pobre alma enamorada y triste, marchó con los ojos bajos a soñar en su ventura imposible.

Y la princesa, contemplando alegremente el brazalete, salió del carromato, dispuesta a respirar un poco el libre aire del bosque y a soñar aquellas maravillas que su cabecita ardiente y juvenil creaba en las noches plácidas de luna.

Ensimismada en sus ensueños de romántica, no se dió cuenta de que se iba alejando de su gente.

De pronto encontróse sola en el bosque y ya iba a retroceder cuando vió a un soldadote, que corriendo hacia ella la llamaba con el gesto incoherente de los borrachos.

Tarakanowa se asustó y echó a correr, siempre perseguida por el soldado. Pero éste, de piernas más resistentes, consiguió caer sobre la gentil mujercita que lo hubiera pasado mal, de no haber aparecido otros soldados que se arrojaron sobre su camarada y le separaron de Tarakanowa.

Esta, desorientada, con el espanto en los ojos, huyó nuevamente encontrándose pronto ante una gran tienda de campaña.

Sin saber casi lo que hacía, llevada del pánico que la presencia del soldado le había inspirado, se deslizó por debajo de la capota de la tienda y entró en un improvisado salón comedor, lleno de militares y de mujeres hermosas.

La inesperada presencia de aquella criatura, gitana de magnífico perfil, de ojos maravillosamente divinos e ingenuos, sorprendió a todos los comensales.

Ella, asustada, fué mirando los rostros de toda aquella gente elegante que debería pertenecer a un mundo superior y acabó fijándolos en el conde Orloff, cuyo rostro agradable, algo majestuoso, la impresionó profundamente.

Avanzó el conde hacia ella y ayudándola a incorporarse, le dijo:

—¿Quién eres tú, muchacha?

—Me llaman la princesa Tarakanowa—respondió con ingenuidad.

Todos se echaron a reír.

—¡A gran honor, princesa! ¿Me harías la señalada merced de presidir esta mesa?—le dijo Orloff en tono burlón.

Cohibida, ocupó el sillón que le señalaba el conde. Este mandó traer una copa para la cíngara y la hizo beber de aquellos buenos licores.



—Me llaman la princesa Tarakanowa.

—¡Eres una maravilla, princesa! — le decía Orloff, realmente impresionado por la deslumbrante belleza de la joven.

Como los comensales se riesen ahora de manera imprudente de las atenciones de Orloff, el conde les dijo con agresivo tono:

—¡Podéis retiraros ya! ¡Ha terminado la cena!

Salieron todos lanzando miradas de burla a la supuesta princesa... ¡Vaya conquista inesperada la de Orloff! Decididamente, era un hombre de suerte.

Al quedar a solas con ella, el jefe del ejército dijo a Tarakanowa:

—¿Sabes bailar?

—Sí.

—Danza un poco...

—Estoy mareada... No puedo sostenerme en pie... Déjame marchar.

—¿Por qué has entrado entonces si tenías que salir tan de prisa?

—Entré sin darme cuenta... Un soldado me perseguía... Aquí creí encontrar un refugio.

—Y lo tienes... Yo seré siempre tu protector... Pero baila... y si no puedes danzar dedícame al menos alguna de tus canciones favoritas.

—Eso sí... Verás...

Y Tarakanowa comenzó a cantar una de esas canciones arrulladoras de cuna, de amor desgraciado, que las almas errantes tienen siempre en los labios para aliviar su corazón.

Excitada por el vino, por el ambiente donde estaba, por la mirada ardorosa del militar, Tarakanowa bailaba casi sin darse cuenta de lo que hacía, poseída de misterioso ardor.

Orloff, medio caído en un diván, la contemplaba con ojos de intensa pasión... ¡Nunca había visto a artista tan perfecta y a mujer que atesorase tantas gracias!

Cuando ella acabó su canción, Orloff le brindó una nueva copa de vino.

—No puedo más.

—Un sorbo únicamente... Eso te hará bien.

—Por complacerte... Pero déjeme marchar.

—Todavía no... Hazme un rato de compañía... Eres tan hermosa... Déjame que me mire en tus ojos... Siéntate a mi lado.

Ella, temblorosa, con la cabeza cargada, se sentó al lado de Orloff.

El oficial puso en sus manos un bello medallón de oro.

—¡Ten! —le dijo—. ¡Así tendrás un recuerdo del conde Orloff!

Los ojos de Tarakanowa resplandecieron con la fuerte luz de la ambición satisfecha.

—¡Oh... gracias... gracias!...

—¿No me das un beso?

—¡No... no!... —dijo ella, sin demasiada fortaleza, sintiéndose desfallecida por los poderes que contra ella conspiraban, la soledad, la joya, el vino, la presencia de aquel oficial, tan apuesto, tan elegante.

Pero a pesar de su negativa, el conde la estrechó en sus brazos y llenó de besos aquella boca que sabía a flor, a miel, al más dulce de los vinos.

En aquel instante descorrióse el cortinaje que separaba el comedor de la salita contigua, y apareció el grupo de mujeres riendo y mofándose de Orloff.

Tarakanowa, avergonzada, cubrióse el rostro... Orloff, indignado por la interrupción del idilio, dirigióse a la salita y recriminó duramente a las mujeres su falta de

cortesía. Pues ¿qué? ¿Es que aquella muchacha no era digna de ser besada?

La linda Tarakanowa no había podido resistir las emociones de aquella noche, y la fuerza impresionante de aquellos besos que llevaba clavados en el alma.

Quiso levantarse para escapar, pero le pareció que su cabeza volteaba, sintió que todo su cuerpo se hundía en el vacío y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Orloff había echado la cortina por lo que no se dió cuenta del desvanecimiento de la joven.

Algo, como un reptil, se deslizó sobre la alfombra del comedor. Un hombre contrahecho se incorporó penosamente y recogiendo el cuerpo tibio y desmayado de Tarakanowa se lo llevó de allí, pasando por debajo de la tela de la tienda.

Era Balow, quien al ver que Tarakanowa había desaparecido, la estuvo buscando por todos los alrededores hasta dar ahora con ella en el interior de la tienda del conde.

Sin que nadie le viese, huyó con aquel dulce peso hacia su campamento, profiriendo sordas amenazas contra aquellas gentes que querían para sí aquel tesoro de mujer.

Cuando Orloff, después de ordenar que no volviesen a interrumpirle, volvió a entrar en el comedor, descubrió que Tarakanowa había desaparecido.

Enfurecido dió órdenes para que se la buscase por todas partes.

—¿Tanto os interesa?—le preguntó uno de sus amigos.

—¿Por qué no? ¿Dónde habéis visto criatura más hermosa?

Y sonrió al recordar las maravillas que encerraba aquella preciosa figurilla.

Llegó en aquel instante un oficial quien con la expre-



¿Es que aquella muchacha no era digna de ser besada?

sión grave del que ha de comunicar una desagradable noticia, dijo:

—Excelencia, lo que he podido ver y oír no deja lugar a dudas. Los turcos nos atacarán al amanecer.

—Pues a no perder tiempo—dijo Orloff—. Dad las órdenes oportunas para adelantarnos en una contraofensiva.

Y olvidando como buen militar sus cuestiones sentimentales, ya sólo pensó en el interés de la patria que reclamaba sus servicios.

* * *

Al amanecer entablóse un gran batalla y los turcos fueron derrotados. Esto era el preludio de nuevas victorias que los ejércitos rusos habrían de obtener, bajo la dirección del conde Orloff.

En días sucesivos prosiguió el avance de los moscovitas. Todo se realizaba maravillosamente. Orloff era hábil estratega, sabía conducir a las tropas hacia un objetivo de triunfo...

Algunas veces recordaba Orloff a aquella linda y fantástica princesa Tarakanowa, de la que nadie había vuelto a saber noticias. Ordenó que la buscasen por toda aquella región, pero ningún emisario dió con ella... Y con el transcurso del tiempo ya no fué aquella linda mujer más que un recuerdo melancólico.

Por su parte, Tarakanowa, al día siguiente de haber bailado ante Orloff, creyó que había estado soñando. Se veía de nuevo en el carromato, junto a su gente, en aquel ambiente de miseria vulgar... Pero en su imaginación flotaban extraños recuerdos... Una tienda de campaña, damas de maravilla, oficiales de trajes deslumbrantes, vinos que eran néctares de delicias, alfombras gratas y cortinajes



... ya sólo pensó en el interés de la patria...

de seda... Y por encima de todo, el recuerdo de un hombre, de aquel que había dicho era el conde Orloff.

¡Oh, qué ensueño tan bello y tan inverosímil!... Y, como el clásico, pudo exclamar al darse cuenta de la realidad presente:

¡Qué de cosas he soñado!

Pero su mano, al registrar inconscientemente un bolsillo encontró en él un medallón de oro... No, ésto no era ensueño, ni fantasía ni producto de la imaginación. Ella tenía el medallón, lo tocaba, lo estaba acariciando en aquellos momentos.

Todo lo recordó... pero comprendió también que a pesar de haber sido verdad, era como si lo hubiese soñado... De nuevo la vida amarga, cotidiana, la vida que dice siempre lo mismo, siempre igual...

No intentaría volver a la tienda... Además no se lo permitirían. La vigilaban desde que imprudentemente se alejó, el día antes, del campamento.

Y se resignó a permanecer sola, con aquella gente, al lado de aquel Balow cuya presencia le causaba hastío...

Pero en el alma continuaría conservando la mágica embriaguez de aquella hora de ilusión... Y sobre todos los recuerdos, flotaría el del conde Orloff, gentil compañero que le había encendido los labios con un beso...

La carreta emprendió su marcha; recorrieron durante varios días el interior del país, alejándose de los campos de combate.

Cierta noche acamparon en un pequeño pueblo... Ella, acompañada por Balow, fué a dar una vuelta por la plaza y se detuvo ante una tienda donde se vendían novedades y adornos para las mujeres.

Aquella ansia fascinadora de lujo que vibraba en su

alma se estremeció más y más al ver tan lindas monerías... Las acarició. De pronto vió un cinturón de seda dorada...

¡Qué hermoso era! Pidió a Balow con dulce mirada que se lo comprase.

—Te lo compraré si me das un beso...

—Pides mucho...

—Un beso... sólo un beso en la mejilla...

¡La eterna súplica! Pero era tan sugestivo el cinturón que la joven acabó por acceder.

Bien. Le daría un beso si le compraba el cinturón.

—Aunque me quede sin un céntimo. ¿Tú sabes lo que es un beso para mí?—le dijo Balow.

Ella avanzó hacia la tienda y preguntó a un muchachito:

—¿Dónde está el mercader?

—Ahí... En la posada de enfrente.

Tarakanowa con el cinturón en una mano, se asomó a la ventana que daba al interior de la posada y vió al mercader que estaba bebiendo tranquilamente en compañía de otro hombre.

—¿Cuánto pides por el cinturón?—le dijo.

El comerciante, hombre listo, viejo judío de barba blanca, dijo una cantidad exorbitante, que naturalmente no tenía el pobre Balow cuya bolsa era asaz escuálida e insignificante.

Comprendiéndolo así, Tarakanowa protestó energicamente contra aquel precio caro.

—Esto es un abuso... No vale el cinturón ni la cuarta parte de lo que pides.

—Tú no conoces el género... Es legítimo de Damasco.

Regatearon largo rato, sin entenderse. El mercader era rico y no quería malvender sus géneros. Los cíngaros

eran pobres y defendían moneda por moneda sus intereses.

En un rincón de la posada estaban sentados dos hombres de aspecto aristocrático... Uno de ellos era el conde Chouvalof, el enemigo acérrimo de Catalina II, que no se resignaba a soportar la tiranía de la autocracia.

El otro era su amigo Kantzof que como él comulgaba en las ideas de rebelión.

—¡Es singular!—dijo de pronto Kantzof a su amigo.— ¡Mirad allí, esa mujer!

El conde se volvió y sus ojos pestañearon por el asombro... ¡Parecía imposible!

—¡Maravilloso parecido!—exclamó.

—Pero si es idéntica a nuestra señora!

Lo que asombraba a los dos amigos era el parecido de la cíngara con la princesa Dosita... Por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, aquellas dos mujeres eran absolutamente idénticas, hasta el punto de poder ser confundidas en todos los momentos.

Si no fuera porque el conde sabía que Dosita estaba en el convento, hubiera creído que aquella mujer que ahora se presentaba en la posada era la propia hija de la emperatriz.

—¡Qué parecido!—repitió.— ¡Eso es maravilloso!

—Como obra de Dios.

—Kantzof—le dijo en voz baja y dando muestras de gran nerviosidad—. tengo una idea, una gran idea, una idea que creo podría salvar nuestra causa.

—¡Hablad!

—¿Y si hiciésemos pasar a esa mujer por la princesa Dosita? ¿Quién iba a descubrir jamás la usurpación, el cambio? Y entonces, tendríamos de nuevo a nuestra reina,

y con ella podríamos intentar arrojar del trono a Catalina.

—¡Magnífico!

—Todos nuestros partidarios ignoran dónde se encuentra actualmente la hija de Isabel Petrowna... Pues bien... convertiremos a esa mujer en Dosita.

—Pero, esa joven... ¿no descubrirá ella misma, inconscientemente, que es una usurpadora?

—Yo haré creer a ella que es hija de emperadores... Verás. Voy a comenzar mi plan.

Seguían sin entenderse Tarakanowa y el mercader. El forcejeo era ya disputa, la discusión se agriaba violentamente. De pronto, dejóse oír la voz del conde de Chouvalof, quien dijo a la muchacha, sonriéndola con todo cariño:

—Permitidme que os ofrezca este cinturón... Yo lo pago por el precio que exige el mercader.

Y dió a éste un buen puñado de monedas.

A ruegos del conde, ella entró en la posada, mientras Balow, derrotado por la riqueza, se mordía de rabia los labios.

Deslumbrada por la generosidad y magnificencia del desconocido, Tarakanowa, ciñéndose ya el cinturón, le dió las gracias.

—¿Quién eres, muchacha?—le dijo el conde.

—Me dicen la princesa Tarakanowa.

El conde sonrió. ¡Princesa aquella mendiga! No estaba mal. Princesa tendría que ser, en lo sucesivo.

—Pero, tu nombre, tu verdadero nombre, ¿cuál es?

—No sé, señor.

—Y ¿dónde has nacido?

—Tampoco lo sé. Dicen que me recogieron de pequeña en un pueblo.

—Bien.

Y, cambiando de tono, dijo a su amigo:

—Kantzof, id a buscar al jefe de esos cíngaros.

Poco después, apareció el viejo jefe, con quien el conde tuvo una conferencia reservada.

Tarakanowa y Balow esperaban cerca, preguntándose qué fin tendría aquella entrevista misteriosa.

Al cabo de pocos momentos, el jefe de la tribu llamó a Tarakanowa y le dijo, mostrándole una bolsa llena de oro:

—He creído obrar bien... Su excelencia quiere guardarte durante algún tiempo.

—¡Oh! ¿Me has vendido?—exclamó la muchacha, asustada.

—Es por tu bien... ya lo irás sabiendo. El señor conde es un gran caballero.

—Pero me has vendido, a mí, a una princesa—dijo con cierto orgullo soberano.

—Cálmate, mujercita. Conmigo nada ha de faltarte—explicó—. Nada te pido y, en cambio, te ofrezco la riqueza, los honores... y para tus amigos, la seguridad y el bienestar.

Aquellas palabras la deslumbraron.

—¿Es posible?

—Sí... y algún día serás princesa de verdad, porque te casarás con un príncipe, el príncipe bello y gentil de tus ensueños.

Aquellas palabras maravillaban a Tarakanowa, que creía estar soñando.

Balow no había podido pronunciar palabra. Tan dolorido, tan apenado estaba por la separación de la que había sido su ídolo. ¿Qué iba a ser en lo sucesivo de él,

sin la compañía de la mujer que le perfumaba con su simple compañía su ingrata vida de desdichado?

Le dirigió, al marchar, una mirada muy honda, muy triste, y salió en compañía del jefe de la tribu, que sonreía acariciando la bolsa repleta de oro.

El conde de Chouvalof quedó admirando, cada vez con mayor emoción, la fisonomía de la bella mujer... A no ser por la voz, que era distinta, hasta él mismo hubiera creído que se trataba de la propia princesa Dosita.

¡Maravillosa semejanza!

Ella le contemplaba con cierto temor, preguntándose por qué la había adoptado aquel caballero tan fino y distinguido.

Estaban solos. El posadero se había retirado a sus habitaciones. Una lámpara iluminaba el sombrío salón.

—Muchacha—le dijo el conde—, ahora quiero que me jures no revelar nunca a nadie que has conocido a esos cíngaros.

—¡Lo juro!—exclamó, extendiendo la linda y blanca mano, que nunca conoció las faenas domésticas, pues Tarakanowa sólo se limitaba en la tribu a cantar y a bailar.

—Dime, antes de conocer a esas gentes, ¿dónde vivías? ¿Con quién?—preguntó el conde con gran interés, deseoso de inventar una historia que justificase todo lo que iba a pasar.

—No sé... Creo que era hija de unos campesinos... que murieron éstos y entonces los cíngaros me recogieron...

—Pues, no es verdad... Tus padres no eran campesinos, sino algo muy distinto, muy distinto... ¿No recuerdas a tu madre?

—No.

—¿No sabes cómo era?

—No tengo la menor noción.

—¡Mírala!

Y, sonriente, le entregó el medallón que le había dado la princesa Dosita y donde aparecía el retrato de la emperatriz Isabel.

La joven contempló aquel precioso retrato, coronado por el emblema real... Y mirándolo más y más, se convenció de que ella se parecía mucho a la dama del retrato.

El conde sabía que Dosita era la viva estampa de la emperatriz Isabel... Tarakanowa, siendo igual a Dosita, se parecía del mismo modo al retrato.

—Entonces, ¿es ésta mi mamá? —dijo la joven, emocionada.

—Sí.

—¡Y parece una gran señora! ¿Dónde está mi mamá? Midiendo lentamente las palabras, le contestó:

—Murió... Se llamaba Isabel... y fué nuestra emperatriz.

—¿Emperatriz? ¡Yo la hija de...! ¡Oh, no! ¡No me engañe, no me engañe!

Temblaba, una excitación nerviosa hacía castañetear sus dientes.

El conde, dispuesto a imbuir en aquella mujer la idea de que efectivamente era la hija de la emperatriz, para que de esta manera realizase con mayor propiedad y sin miedo alguno su papel, le dijo:

—Es tu madre. Ahora, haz un esfuerzo de memoria... Recuerda, recuerda... Debes recordarlo... Tu madre, ante amenazadoras intrigas y complot, hubo de resignarse a alejarse de la Corte... Una noche yo te saqué de Palacio...

Ella le escuchaba anhelante, como si oyese el relato de algo sobrenatural.

—¿No te acuerdas? —siguió diciendo Chouvalof—. La

posada donde te dejé y donde te encontraron los cíngaros era la del poblado de Tarakanow...

—Tarakanow... sí, ahora recuerdo... ¡Ahora comprendo también mi nombre! Pero, ¿por qué todos me llamaban princesa?

—Presentían que lo eras... ¡Una princesa que un día será emperatriz de todas las Rusias y a la cual tengo, el primero, el honor de rendir homenaje!

Se puso en pie y la saludó con una reverencia cortesana.

—Pero esto es un sueño, un sueño divino, del que voy a despertar desengañada.

—No, no es sueño... Es la realidad, la realidad que en breve os elevará al trono de vuestros mayores... Princesa, emperatriz futura, ¡salve!

Una oleada de emoción pasó por las venas de la joven cíngara. Todas las ilusiones alimentadas durante su vida, iban a convertirse en realidades.

Sus manos de marfil, de princesa, se unieron en un ademán de piedad y sus grandes ojos se alzaron ávidos al cielo.

—¡Gracias, Dios Nuestro Señor, gracias!

* * *

Habían pasado tres meses. Los turcos estaban vencidos. Iban a dar principio las negociaciones de paz.

El conde Chouvalof, que pensaba ganar a las últimas huestes turcas a la causa de Tarakanowa, había obtenido de la "princesita" que viniese a residir a Ragusa, el puerto italiano del Adriático.

Porque era allí, donde el conde de Orloff, asistido

por el almirante Graigh, a bordo de una fragata anclada frente a la ciudad, negociaba con los vencidos.

Una deliciosa vida de ensueño había comenzado para Tarakanowa, quien para sus partidarios era la emperatriz Isabel II.

Tarakanowa, creyendo de veras en su estirpe real, representaba con noble dignidad su cargo de aspiranta al trono de Rusia. Recibía con aire augusto los homenajes de sus partidarios, y su fina belleza contribuía a hacer de ella algo ideal y peregrino.

A los oídos de Catalina II había llegado la noticia de la aparición de aquella mujer que se titulaba hija de Isabel... Como Catalina ignorase la existencia de la princesa Dosita, creyó que se trataba de una vil impostora que, sin derecho alguno, pretendía amenazar el trono de la zarina.

Pero, comprendiendo que era preciso poner coto a aquella usurpación, envió un correo particular al almirante Graigh, concebido en estos términos:

Os ruego hacer todo lo necesario para aseguraros, por no importa qué medio, de la pretendida hija de Isabel. Tramitaréis el asunto de manera que esa desvergonzada joven sea conducida a San Petersburgo, donde sufrirá la pena que merece. Debéis provocar cuantas circunstancias os permitan llevar a cabo tal empresa, dando conocimiento de este mensaje al conde Orloff, a quien quedare muy reconocida si presta al indicado fin su concurso eventual.

El almirante comunicó el texto de esta carta a Orloff, quien prometió su colaboración para detener a la que todos consideraban una intrusa.



Una deliciosa vida de ensueño había comenzado para Tarakanowa...

Pocos días después, Tarakanowa, rodeada de sus partidarios, se encontraba en su finca.

Entre las personalidades que estaban con la "princesa" figuraba el príncipe Carlos, rico banquero, que, enamorado de Tarakanowa, sufragaba los gastos considerables de la pequeña corte que sostenía la joven pretendiente.

—Si os parece—dijo Tarakanowa a Chouvalof—, vamos a ultimar los preparativos para el baile que doy mañana con motivo del Carnaval.

—A vuestra disposición, señora.

Se hicieron las invitaciones oportunas y, de pronto, Tarakanowa, que sabía que el conde Orloff estaba en Ragusa, dijo con un anhelo vehemente de volver a ver al hombre que en circunstancias tan extrañas conoció:

—Pensé que tal vez podrían ser invitados también el almirante Graigh, e incluso el conde Orloff...

No pareció ser del agrado de los cortesanos esta proposición, que rechazaron con corteses murmullos; pero la voz del conde Chouvalof se dejó oír, imponiendo su autoridad:

—La sugerición de nuestra soberana me parece de buena política. Hoy mismo he vuelto a ver a los turcos. Nada hay que esperar de ellos.

—¿Pensáis acaso que Orloff...?—preguntó un cortesano.

—He sabido por conducto fidedigno que el conde Potemkin, aprovechando la ausencia del conde Orloff, ha conquistado los favores de Catalina. ¿A qué emperatriz querrá Orloff servir mañana? ¿A la vieja que le desprecia, o a la nuestra, que le sonreirá? ¡Invitémosle!... Sólo por el mero hecho de invitarle, nos será permitido acariciar muchas esperanzas.

—Sí... sí—dijo Tarakanowa—. ¡Pronto! Haced llegar las invitaciones al almirante Graigh y al conde Orloff.

Y quedó como en éxtasis, saboreando ya la dicha de poder volver a ver al hombre que le tenía preso el corazón.

Al día siguiente, la alta sociedad de Ragusa se reunía en torno de la pretendiente al trono de Rusia.

El almirante y Orloff, que habían recibido la invitación, llegaron también al jardín de casa de la princesa. El baile era de máscaras, por lo que, como todo el mundo, se cubrían con careta.

—No estoy descontento ni mucho menos, de tener tan cerca a esta aventurera—decía el almirante—. Ella misma nos ha enviado la cuerda para ahorcarnos.

—Debe pensar que nos inclinaremos a su favor—comentó Orloff, bien lejos de pensar que él conocía a la princesa.

—Devolveremos la cortesía que nos ha sido hecha. Invitaré a esa joven chismosa a una recepción a bordo. Vendrá, de seguro... por poco que Vuestra Excelencia, señor conde Orloff, finja interesarse en sus quimeras... y yo sabré guardarla bien.

—Contad conmigo para todo.

Pero en aquel preciso momento pasó cerca de ellos una mujer vestida de cíngara y cubierto el rostro con un antifaz. Se detuvo un instante ante Orloff y, sonriéndole delicadamente, prosiguió su ruta hacia la espesura del jardín.

Orloff quedó sorprendido. ¿No era aquella mujer absolutamente idéntica a la que una noche le ofrendó sus canciones amorosas?

—Permitidme—dijo al almirante—. Ese disfraz de cíngara... Es muy interesante.



—Debe pensar que nos inclinaremos a su favor.

Dejando a su amigo, corrió en persecución de aquella linda tapada que le había recordado instantáneamente a la mujer inolvidable.

Recorrió el jardín hasta hallar por fin a la bella cíngara, a la que, cogiéndola por la mano, le preguntó con emoción:

—Pero, ¿quién sois? ¿No os llamáis Tarakanowa?

La joven se estremeció. Sus negros ojos de gitana brillaron bajo el terciopelo del antifaz. ¡Orloff la reconocía! ¡Aquel hombre se acordaba de ella! Pero por toda contestación a sus preguntas, comenzó a cantar, a entonar dulcemente una de las canciones nostálgicas que cantó aquella noche famosa en la tienda de campaña.

—¡Sois vos!—suspiró el conde, emocionado—. Tarakanowa, bien mío... No he dejado de pensar en vuestras gracias.

Sus manos atrevidas fueron a quitar la careta de la hermosa, pero ya ésta, con hábil movimiento, consiguió librarse y escapar. Desorientó a Orloff por entre las alamedas del jardín y pudo luego entrar tranquilamente en la casa.

Orloff, con el alma conmovida por aquel encuentro inesperado, que le retornaba a aquella hora feliz, continuó buscando por todas las avenidas a la cíngara, sin poder hallarla.

El almirante Graigh y el conde Chouvalof se reunieron con él.

—Voy a prevenir inmediatamente a la princesa Isabel de la llegada de Vuestra Excelencia—dijo el conde—. Pero no podréis conocer a la princesa hasta la hora en que deben quitarse los antifaces.

Marchó Chouvalof y Orloff comunicó a su amigo que

había descubierto en la fiesta a una bailarina misteriosa, encantadora.

—Dejaos de misterios y reservad todos vuestros madrigales para la princesa. Así conviene a los intereses de la patria.

La princesa, que iba del brazo de Chouvalof, no tardó en aparecer.

Tarakanowa, que se había vestido antes de cíngara para sorprender a Orloff, iba ahora con un precioso traje blanco y se cubría con una careta blanca también.

Chouvalof hizo las presentaciones:

—La princesa Isabel... El conde Orloff.

El joven militar se inclinó y, emparejado con la "princesa", fué a dar con ella un paseo por el jardín... Su alma estaba bien lejos de allí; hubiera deseado tanto hablar con Tarakanowa...

Dándose cuenta la princesa de que Orloff estaba distraído, le dijo gentilmente:

—¿Buscáis a alguien?

—No, no.

—¿No será una joven cíngara a la que buscáis?

—Señora!

Miró con profunda inquietud a aquella mujer, cuya voz le pareció ahora haber oído antes.

En aquel instante dieron las seis y sonaron un sin fin de trompetas, en señal de que debían descubrirse los rostros.

Orloff quitóse la careta y rogó a la princesa hiciese lo mismo. Esta hizo un dulce gesto negativo y comenzó a cantar la misma canción sentimental que un momento antes había cantado la cíngara.

La realidad apareció ante los ojos de Orloff. Aquellas dos mujeres eran la misma persona.

—¡Tarakanowa! ¡Tarakanowa!—murmuró.

Y decidido, con energética inquietud, arrancó la careta de la princesa. Ella lanzó un pequeño grito, pero sonrió mostrando su rostro franco al enemigo.

—Pero, ¿tú... vos, la princesa? Entonces... Tarakanowa, la humilde bailarina de aquella noche... ¿era la princesa Isabel?

—La misma, Orloff.

—Tarakanowa... Isabel, no me importa quién seáis...

—Os amo, os adoro!

Y besó con pasión sus labios finos.

Se acercó un grupo de invitados y la princesa y Orloff ya no pudieron seguir juntos durante toda la fiesta.

Despidiéronse cariñosamente y con esa ligera melancolía que produce el amor.

Tarakanowa pensaba atraerse hacia su partido, ahora más que nunca, a aquel influyente personaje... Y por parte de Orloff, éste lamentaba en el alma que aquella mujercita adorada fuese la pretendiente a la corona de Rusia y que él perteneciera al bando que debía apresar y destruir los planes de la joven.

—Había un tormento más grande en el mundo que el de tener que combatir contra la mujer amada?

* * *

Poniendo en práctica su plan, el almirante Graigh había invitado a la joven pretendiente a asistir a la recepción que daba a bordo. Durante esta fiesta, la princesa Isabel debería revistar sus marinos, impacientes por aclamarla como a su futura soberana. Esto era, al menos, lo que el almirante había hecho comunicar a Tarakanowa.

Orloff aparecía sombrío. La idea de una traición, de un burdo engaño, enloquecía su alma. ¡Y él tendría que consentir, tendría que colaborar en aquella obra nefasta!

—He hecho tomar a bordo excelentes medidas—le dijo el almirante—. La princesa no se nos escapará.

—No había tal urgencia... Tomemos algún tiempo para reflexionar—indicó Orloff, inquieto.

—Siempre he considerado urgente obedecer las órdenes de la emperatriz.

La nave aparecía engalanada. Toda la marinería estaba sobre cubierta. El plan se hallaba maravillosamente dispuesto para que la joven princesa se entregase confiadamente.

Tarakanowa, que había ocupado una lancha que la conducía a la gran nave del almirante, estaba ebria de dicha. Los cañones de la goleta comenzaron a disparar las salvas en obsequio de la joven. Esta tenía ya la absoluta confianza de que el almirante, Orloff y todos sus hombres iban a levantar armas por ella.

En otras lanchas iban numerosos partidarios de Tarakanowa, invitados igualmente a subir a bordo de la gran nave de Catalina II.

Tarakanowa llegó junto a la escalera de la goleta. Ayudada por unos marineros, subió a bordo... Cuando el conde Chouvalof, con sus amigos, intentó subir, se les rogó que aguardasen aún, pues era de etiqueta que Tarakanowa estuviese unos momentos sola en la gran nave del almirante.

Tarakanowa, sin sospechar el engaño, avanzó por cubierta y corrió a saludar a Orloff y al almirante. Este la recibió con todo afecto, mientras que Orloff, avergonzado y con la cabeza baja, no osaba apenas hablar a la que iba a ser víctima de tan gran traición.

—Bienvenida a mi barco, señora. Espero que vuestra estancia en él os será grata.

—Sólo siento permanecer aquí tan poco tiempo—contestó ella ingenuamente.

—¿Poco tiempo? ¡Bah! No lo creáis, señora. De aquí a Rusia hay bastantes horas, y el barco va a zarpar inmediatamente con vos...

—¡Eh! ¿Qué queréis decir? ¿Qué significan esas palabras?—dijo, súbitamente alarmada.

—Nada. Que sois mi prisionera, mejor dicho, prisionera de Su Majestad Catalina II, a la que aquí todos rendimos acatamiento.

—¡Ah, traidor!

Quiso huir, pero unos marinos la detuvieron... Entonces ella se dió cuenta de que se desplegaban ya las grandes velas y que el barco comenzaba a cabecear.

—¡Infames!—gritó—. ¡Orloff, Orloff!... ¡Me habéis traicionado! ¡Os odio y os desprecio!

—No me odiéis. Yo no he podido evitar eso—contestó el joven—. Yo hubiera querido evitarlo a costa de mi propia sangre. Almirante, dejad libre a esa mujer... os lo suplico por favor.

—¿Estáis loco? ¿Sois vos quien me proponéis deslealtad a mi soberana? ¡Esa mujer es mi prisionera, y nadie la salvará!

Ordenó fuese llevada a un camarote, y Orloff la vió marchar, debatiéndose enfurecido en su impotencia.

La goleta comenzó a partir, y los partidarios de Tarakanowa, que se encontraban en las lanchas, comprendieron, aunque demasiado tarde, la traición.

Les secuestraban a su señora, a su reina. ¡Canallas, ca-

nallas! Y el noble conde de Chouvalof, con los puños cerrados, amenazaba al barco, que se alejaba majestuoso y engalanado con cien distintas banderas...

* * *

En la Corte rusa, el conde Potemkin había sustituido a Orloff en su puesto de favorito cerca de la emperatriz Catalina.

Semanas después, se hallaba reunida Catalina con toda su corte cuando apareció el conde Orloff, quien, postrándose reverente a los pies de la cruel soberana, le dijo:

—Majestad, sé que vais a juzgar a vuestra prisionera... Yo os suplico humildemente su perdón.

Catalina II, indiferente, respondió:

—Hay razones de Estado que dictan nuestra conducta cuando se trata de pretendiente tan ridículo como esa aventureña...

—No es más que una criatura... Jugaba con esa idea...

—Por vuestras palabras... infiero que la amáis.

—La he traicionado... por lealtad a Vuestra Majestad.

Los celos ensombrecieron a Catalina. Bien estaba que ella hubiese olvidado a Orloff, pero que Orloff la olvidase a ella, sustituyéndola por otra mujer... eso le produjo mayor indignación y sintió el placer de castigar a la rival.

—Ordené que trajeran a mi presencia a esa mujer, y ahora más que nunca quiero verla—dijo.

No tardó en aparecer la pobre Tarakanowa. Estaba pálida, delgada, parecía que la vida fuese a escaparse de aquel rostro antes tan alegre. La vida a bordo, la melancolía al verse prisionera y traicionada, habían herido gravemente su organismo.

La emperatriz y todos los cortesanos contemplaron sorprendidos a la hermosa joven, e instantáneamente todos dirigieron la vista hacia uno de los muros donde aparecía colgado un cuadro de la emperatriz Isabel.

Los comentarios eran extraordinarios.

—¡Mirad el parecido de esta joven alocada con el retrato de la emperatriz Isabel. ¡Es realmente sorprendente!

Orloff miró emocionado a su amada, y ésta le contempló con amargo gesto de tristeza.

Catalina, a pesar de la semejanza que veía en la joven con la emperatriz Isabel, se negaba a creer en el parentesco y, mirando con furiosa altivez a la rival, le dijo:

—¿Seguís con la pretensión de ser la hija de nuestra difunta emperatriz Isabel Petrowna?

—Sí!

—¡Farsante! ¡Embustera! ¡Mirad, amigos míos! Esta es la criatura por la que el conde Orloff me ha pedido gracia... de rodillas.

Orloff avanzó hacia Tarakanowa y la abrazó:

—No temas, amor... ¡Aquí estoy yo para defenderte contra todos!

Ella reclinó la cabeza sobre un hombro del amado. ¡Le quería tanto, a pesar de los barruntos de traición!

Catalina, enfurecida, exclamó:

—Mujer, no creas en el amor de ese hombre. ¿No ves que ha fingido amarte para mejor servirme? Llevaba el encargo de hacerte prisionera y lo ha cumplido a la perfección.

La pobre niña creyó entonces de veras aquellas palabras y apartó de sí a Orloff. ¡Traidor... sí... traidor!

En vano el militar quiso defenderse... Ella, llorando, no le escuchaba.

A una orden de Catalina, unos soldados se llevaron de allí a Tarakanowa para conducirla a una fortaleza.

Orloff, desesperado, abandonó lentamente el palacio. Mientras bajaba la gran escalinata, encontró a Potemkin, el nuevo favorito, que subía ágilmente los peldaños. Potemkin le dijo:

—¿Qué hay, Orloff?

—Nada nuevo... a no ser que vos subís y yo desciendo —respondió con gravedad.

Y abandonó el palacio, buscando medios para librar de la prisión a la amada.

* * *

Al día siguiente, Tarakanowa fué conducida a la sala del martirio. Los jueces la quisieron obligar a confesar que era una intrusa, una vil usurpadora... Pero la joven respondía a todos esos intentos con un categórico y noble:

—¡Soy la hija de la emperatriz Isabel!

De orden de Catalina II, los verdugos torturaron horriblemente a la pobre joven, haciéndola sufrir bajo instrumentos de una refinada tortura. Pero a pesar de que quemaban y desgajaban sus carnes, la dulce y bella Tarakanowa respondía una y otra vez que era hija de emperatriz.

De pronto, Orloff entró en la fortaleza, y con gesto autoritario y duro, dijo:

—En nombre de la emperatriz, deteneos... Tengo orden de llevarme ahora mismo al Palacio de Invierno a la prisionera.

Vacilaron los jueces, pero sin poder creer que Orloff mintiese, acataron su orden y le entregaron a la desgra-

ciada joven por quien todos sentían verdadera compasión.

Orloff cogió en sus brazos a Tarakanowa, que se había desvanecido y salió con ella de la fortaleza.

La metió en un carro destartalado, en el que aguardaba el conde Chouvalof, y se alejaron rápidamente del sombrío lugar.

Orloff, en un acto de audacia, acababa de realizar el rapto de Tarakanowa. Era inexacto que llevase orden alguna de la emperatriz, pero él se había valido de aquel subterfugio para salvar a la joven...

Tarakanowa estaba enferma, muy enferma... El martirio que la habían hecho sufrir aquellos criminales, había destrozado su organismo, y una fiebre intensa la devoraba.

Chouvalof y Orloff acordaron llevar a la joven al convento donde estaba encerrada la princesa Dosita.

Al poco rato se dieron cuenta de que un escuadrón de soldados iba en su persecución. Eran tropas de la emperatriz, que iban en busca de la fugitiva. Catalina II, al conocer aquella huída, había dado orden de buscar, aunque fuese en el fin del mundo, a la aventurera y sus cómplices.

Para desorientar a los perseguidores, Orloff se separó del carro y, apoderándose de un caballo, montó en él y partió en dirección distinta a la que iba el carroje. Los soldados vieron al caballero fugitivo y corrieron tras él, con el ánimo de darle alcance.

Una hora más tarde, sin contratiempo alguno, llegaba el conde Chouvalof al convento, en compañía de la pobre Tarakanowa, que estaba deshecha, destrozada, moral y materialmente.

La joven había vuelto en sí, pero era como una lámpara agonizante, que parece que se reanima antes de extinguir-

se para siempre. Apenas se daba cuenta de nada, y ya sólo deseaba morir. Su cuerpo, destrozado, anhelaba el descanso definitivo; su alma, traicionada, quería también reposar...

Chouvalof, desolado ante el estado de la joven y comprendiendo que iba a morir sin remedio, dijo a la madre superiora:

—Yo soy el único culpable... y bien sé que por muchos días que me resten de vida no serán bastantes para expiar el mal que he hecho... creyendo hacer el bien... A fin de que ninguna duda pueda subsistir en el ánimo de esta joven, he creído lo más acertado que le sea revelada la verdad aquí... en presencia de la hermana Dosita... Que ella sepa que no es princesa y que ha sido infortunado instrumento de una causa desdichada. Que ella lo sepa antes de morir, para que me perdone.

La madre superiora y la hermana Dosita se acercaron a Tarakanowa, que estaba tendida en una litera. La superiora habló así:

—Hija mía, os han engañado, no tenéis parentesco alguno con la emperatriz Isabel Petrowna... Su verdadera hija, vedla aquí... es la hermana Dosita. Habiendo preferido Dosita el velo a la corona, el conde Chouvalof, seducido por una singular semejanza, se inclinó a vuestro favor.

Tarakanowa le miró con sus grandes ojos, ya empañados por la muerte.

—Bien, os perdono—exclamó—. ¡Qué amarga es la vida! Pero, y vos, princesa, ¿habéis renunciado al trono? ¿Es posible eso?

—¡Pobre niña! ¡La vida es amarga! ¡Tú lo has dicho! —exclamó la monjita—. ¿No es preferible dedicarla por

entero a Dios y apartarse de las ambiciones de los hombres?

Entretanto, el conde Orloff llegaba al convento, después de haber conseguido despistar a sus perseguidores.

Enteróse por la hermana portera de la gravedad de Tarakanowa, y rogó le permitiesen ver a la mujer que había sido su ensueño.

Salieron la superiora y, después de meditar lo que debía hacer, le hizo transmitir por la portera este recado:

—Nuestra madre superiora permite que le habléis, pero sin verla. Está muy mal... Ahora vendrá detrás de este cortinaje...

Aguardó el desgraciado Orloff a la mujer adorada. De pronto se oyeron voces detrás del cortinaje. Había sido trasladada allí, en la litera, la bella Tarakanowa.

La hermana portera le advirtió que la joven estaba ya allí, y Orloff, emocionado, con los labios junto al denso cortinaje, habló así:

—Tarakanowa... niña mía... dime que no me odias. ¡Si supieras cómo sufro... y cómo te amo! Dime que me perdonas. Nunca te quise traicionar. Las circunstancias... el deber... me llevaron adonde no quise ir.

La cíngara se incorporó levemente. Apenas podía. La muerte ya exigía de ella el reposo. Pero, con los ojos fijos en el cortinaje, murmuró dolorosamente:

—Nada tengo que perdonarte... Has obrado como debías... puesto que no soy más que una aventurera...

—Amor mío, sé todo el mal que he hecho y quiero repararlo... Quiero llevarte lejos de aquí, a otro país, en el que seamos felices... Tarakanowa...

—Sueñas, Orloff, sueñas... y yo también... pero mi sueño es de muerte...

No dijo más... Oyóse un largo sollozo de las monjas.

La pobrecita mujer, la bella soñadora, acababa de morir. El conde Chouvalof postróse a los pies de Tarakanowa y lloró amargamente.

Orloff, sin darse cuenta de lo que realmente había ocurrido, continuó hablando a través del cortinaje, explicando los planes que iban a efectuar.

—¿Me oyes, Tarakanowa, me oyes? Saldremos de Rusia... tan pronto como estés bien.

Una monja vino a anunciarle el triste fin de Tarakanowa... Y Orloff, enloquecido, rogó le dejasen ver por última vez el cuerpo de Tarakanowa.

Oró largo rato ante el cadáver de aquella mujercita, víctima del destino, y permaneció largo rato en el convento, hasta que fué enterrado el cuerpo de Tarakanowa.

Y luego, acompañado de Chouvalof, se alejó con profunda pena de aquel monasterio en cuya tierra sagrada reposaría para siempre la que era alma de su alma.

Los dos condes iban a abandonar Rusia... pero en el alma de los dos habría siempre el dolor de la muerte de aquella joven delicada, pobrecita flor silvestre, aniquilada por el vendaval de las pasiones humanas y por el odio de una emperatriz.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

Pepe Hillo

por María Caballé, Blanca Rodríguez, Angel Alcaraz
y otros notables artistas.

Vea usted la transformación operada en

Los Grandes Films

de la Novela Semanal Cinematográfica,

cuyo título actual es

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes.

Diez grandes ilustraciones en el texto.

Números publicados:

El vals de moda

Siete caras

Immortalidad

¡Así es la vida!

Redención

El halcón de los aires

Portada a color.

Precio: 50 céntimos

GRAN ÉXITO en las selectas

Ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

de las dos magníficas novelas

Del mismo barro

(por Mona Maris y Juan Torena)

— y —

Estrellados

por Buster Keaton y Raquel Torres

MAÑANA:

el colosal asunto

Cuatro de Infantería

Asunto contra la guerra

En preparación:

Monsieur Sans-Gêne

por Ramón Novarro

¡Siempre lo mejor!

E. B.